

COMENTARIO / NATALIA BLANCH EXPONE EN UNA GALERÍA DE NUEVA CÓRDOBA

Una pintura es mucho más que su tema

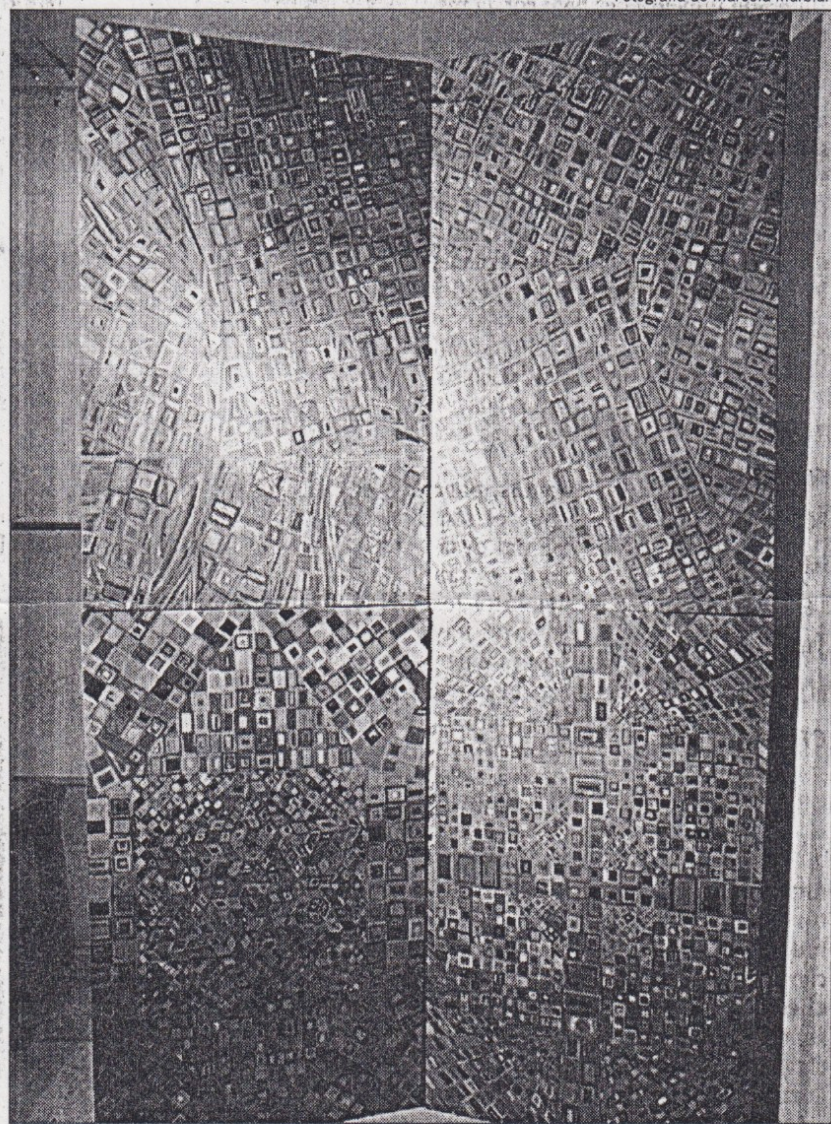
El reverso de lo que puede considerarse estéticamente aceptable en materia de retratos y una estrategia en la que se prefiere mantener el misterio a través de una conjunción inesperada de signos, colores y maneras de colocar la pintura, establecen una comunión que es la base esencial de los trabajos de Natalia Blanch. Esta muy joven artista confirma la precocidad con que, cada vez con mayor frecuencia, un número de pintores se asoma al circuito local, desarrollándose en un oficio en donde tradicionalmente primaba la experiencia y donde ahora prevalece la capacidad de reconvenir sus alcances formales.

Sin guías aparentemente discernibles y mediante una proposición de no muy amable asimilación, accedemos a lo enigmático de su pintura a través de las inescrutables miradas de rostros enormes que, ocupando la mayor parte de las telas, acaparan nuestra atención, en una serie limitada de trabajos expuestos en la galería Roberto Losano (Hipólito Yrigoyen 27).

El desconcierto inicial se condensa en la autonomía de cada obra en particular, porque cada pintura se refiere a sí misma como un problema independiente que se resuelve en su unidad, pese a mantener un vínculo común establecido por una aproximación a la idea de retratos-autorretratos.

Aún partiendo de este esquema conocido y tan transitado en la historia del arte, estos cuadros resultan ambiguos, con una imagen que recuerda, pero también contradice, la realidad aparente. Así, un gran rostro verde emergiendo de un fondo indefinido y abetunado, a la vez compartimentado con subdivisiones geométricas, pudo muy bien haber nacido de la necesidad de reproducir la mecánica del autorretrato, pero evidentemente supera esta instancia desligándose de aproximaciones psicológicas, de lugar, ambiente y situación, para considerar a cada bastidor más bien como campos de distribución emotiva. Aquí Natalia Blanch concuerda con muchos plásticos actuales al evidenciar en primer plano la (su) existencia diaria como parte inseparable de su discurso plástico, ya que estos rostros parecen contruidos fundamentalmente como una estrategia para el propio reconocimiento y como un pretexto para desencadenar la mera acción de pintar.

Apuntábamos al principio que el pro-



Políptico de Natalia Blanch.

ducto así obtenido demuestra una negación hacia toda actitud facilista desde el punto de vista formal, en coincidencia con la incierta estética de fin de siglo que exige al límite la capacidad de los recursos, sin que ello necesariamente involucre mayor espesor interpretativo. Dentro de estos códigos, la artista hace confluir en el mismo plano, por lo menos dos partes, dos historias o dos pretextos simultáneos que, con diferentes orígenes e información, cohabitan sin amalgamarse pero tampoco molestandose mutuamente.

Blanch opera con este precario equilibrio manipulando también el grado de definición del modelo elegido, ofreciendo al espectador una serie de rostros, de

lectura directa y reconocible, junto con otras imágenes de constitución mucho más abierta e indefinible. Estas superficies pueden llegar a evocar desde una arbitraria interpretación de elementos del mundo vegetal (árboles, hojas), hasta el detrito cultural de la simbología de Gustav Klimt. Ciertamente para lo decorativo pugna con un dolor opaco y de sutiles inflexiones, en donde la sensibilidad de la paleta se halla en la capacidad de riesgo con que asume distintas aproximaciones cromáticas, coadyuvando a establecer un relato difícilmente elucidable, que renueva la certeza de que una pintura es mucho más que su tema.

GABRIEL GUTNISKY

Fotografía de Marcela Marbián